

AL AMPARO DE UNA MUSA:

el reinado de Clío en la Universidad

EDMUNDO DERBEZ GARCÍA





En sus setenta y cinco años de vida, la institución ha sido el generador del acervo de conocimiento histórico más importante en la entidad al organizar una serie de espacios académicos en torno a los cuales se ha fomentado la realización de investigaciones y la formación de historiadores, cuyas contribuciones se encuentran en la amplia variedad de labores que van desde la enseñanza de la historia hasta la organización y administración de archivos, museos y espacios culturales.

Desde su fundación, en 1933, la Universidad Autónoma de Nuevo León ha sido un albergue de la cultura humanística y “cliomática” como Luis González y González se refiere al desarrollo de los estudios históricos.

El conocimiento de la historia de Nuevo León, de la región y de México surgido en el seno de la institución educativa es abundante. Los títulos de los libros y folletos publicados, algunos de ellos esenciales para la historiografía, dan cuenta de ello.

Para alcanzar este desarrollo, no sin altas y bajas a través del tiempo, han confluído una serie de elementos que, a pesar de operar en ocasiones de manera poco articulada, han permitido establecer una infraestructura bien apuntalada. El fundamento teórico señalado en su ley orgánica, grupos de personas interesadas en los estudios históricos, espacios dedicados a la enseñanza, la investigación y la difusión de los diferentes campos de la historia, importantes fuentes y reservorios documentales y bibliográficos.

Gracias a su impulso la enseñanza y la investigación se organizan, sistematizan y profesionalizan, especialmente la referida a la historia regional; forma elementos que habrán de dar vida a nuevas asociaciones que dinamizan este campo; se establecen contactos entre

los estudiosos de la disciplina; se editan numerosos libros y revistas de divulgación del conocimiento histórico.

No se trata en las siguientes líneas de elaborar un estudio de las obras producidas a través del tiempo ni un análisis de las corrientes, escuelas y métodos de los autores, eso requiere un estudio historiográfico adicional; se trata, en un rápido recuento, de esbozar las aportaciones de la casa de estudios de Nuevo León en esta materia.

LA VERDAD, VOCACIÓN COMPARTIDA

El desarrollo del conocimiento histórico dentro de la Universidad, siguiendo a Manuel Ceballos, fue inspirado en buena medida por la concepción de institución de educación superior planteada por Alfonso Reyes en sus famosos textos “Voto por la Universidad del Norte” y “Los regiomontanos” donde le atribuye las funciones de docencia, investigación y difusión.

Podría decirse que su ideario formaba parte de todo un ambiente propicio estimulado por una serie de factores que revitalizaron el interés por el quehacer histórico. La influencia de intelectuales como José Vasconcelos y Alfonso Reyes, a nivel nacional, la tendencia antipositivista, la existencia de sociedades científico-literarias como la llamada José Eleuterio González y de asociaciones estudiantiles como el grupo Alfonso Reyes.

Humanistas, catedráticos y especialistas contribuyeron a crear una Universidad que en sus funciones sustantivas se comprometió a la “difusión de la cultura”. El objetivo supremo de la institución educativa, inscrito en su lema: “alentar la flama de la verdad”, es el anhelo de la historia. Ya Raúl Rangel Frías como rector en 1949, hablaba del entendimiento de los historiadores en torno a la verdad.

Ese interés por la historia se sostuvo gracias a la fuerza moral que desde un principio tuvieron los organizadores de la institución. A ello se agregó la reanimación del regionalismo que en la década de los treinta y cuarenta del siglo pasado, animó una búsqueda de identidad usando a la historia como uno de sus principales instrumentos con el fin de destacar valores distintivos frente a las fuerzas centralizadoras del estado nacional.

A pesar de encontrarse la disciplina en un auge por esas y otras razones, sus principales exponentes, pese a

sus incuestionables dotes o la autoridad que imponen sus nombres, no eran profesionales, es decir, nunca desarrollaron la disciplina profesionalmente. Sus obras, producto en muchas ocasiones de sus esfuerzos individuales, presentaban sus limitaciones; en ese sentido la incipiente historiografía local tenía en su contra no pocas carencias como escuelas establecidas, recursos y profesionalización del oficio.

Como parte de los elementos esenciales para subsanar este último aspecto, en una primera etapa de despegue, la institución publicó obras históricas y organizó actividades académicas con historiadores del país. Estas fueron sus primeras grandes contribuciones.

Respecto al primer punto, publicó textos como la *Correspondencia particular de D. Santiago Vidaurri* (1940), las *Memorias de fray Servando* (1946), el estudio que del personaje hace Edmundo O’Gorman, una de las ediciones, la tercera de 1948, de *Nuevo León. Apuntes Históricos* de Santiago Roel que, como señala Ceballos, sustentó durante varias décadas la identidad de los nuevoleonenses.

En cuanto a lo segundo, a las actividades de la Escuela de Verano, a partir de 1946, concurren importantes figuras de las humanidades, entre otros, Daniel Cossío Villegas y Wilberto Jiménez Moreno.

En su seno, acogió la iniciativa de algunos historiadores como Silvio Zavala, Lewis Hanke y a nivel local, Carlos Pérez Maldonado, para realizar la Primera Reunión de Historiadores Mexicanos y Norteamericanos en 1949.

En esa ocasión Alfonso Reyes ofreció su trascendente y polémico discurso “Mi idea de la historia” donde su conclusión acerca del viejo debate fue que la historia era ciencia, filosofía y arte a la vez. Además de la sesión inaugural, la Universidad colaboró con el INAH en la organización de tres exposiciones, una de ellas dedicada a los libros mexicanos de historia.

Este importante evento fue decisivo en el siguiente impulso accionado por la Universidad para evitar permanecer al margen del inicio de un proceso de profesionalización del historiador operado a nivel nacional.

Para ese entonces empezaban a formarse generaciones de historiadores tanto en el programa de Historia de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional Autónoma de México como en el Centro de Estudios Históricos del Colegio de México.

LA HISTORIA TIENE DOMICILIO

Es esta, una siguiente etapa decisiva en el proceso de contribución del conocimiento histórico al organizar la Universidad sus primeras instituciones académicas directamente relacionadas a la historia lo que permitió ubicar a la ciudad de Monterrey en una dimensión de importancia respecto al resto de otras entidades del país.

Antes de mencionar estos espacios que serán núcleo de formación de historiadores y de investigaciones, resulta indispensable destacar la significativa presencia en estas iniciativas del joven Israel Cavazos Garza, recién formado profesionalmente en el Colegio de México donde convivió con maestros como el doctor Silvio Zavala, Agustín Millares Carlo, Francois Chevalier, José Miranda y Manuel Toussaint.

Sus conocimientos históricos, su profundo interés por la historia del noreste y, particularmente de Nuevo León, sus relaciones con investigadores y académicos de la región y del país, le dieron en esa época un liderazgo indiscutible.

Primero, fue designado, en diciembre de 1951, jefe del Departamento de Historia de la Facultad de Filosofía y Letras, luego, en 1953, director de la Biblioteca Universitaria Alfonso Reyes y, pocos años después, en agosto de 1959, jefe de la sección de Historia del Centro de Estudios Humanísticos (CEH).

La creación de la Facultad de Filosofía y Letras, en 1951, siguiendo los lineamientos de su homóloga de la UNAM, respondía a la idea de desarrollar estudios históricos. Rangel Frías, rector y primer director señalaba que en ella “tendrán su domicilio propio (...) la historia del hombre y de las ciencias”.

Su Departamento de Historia se propuso entre sus objetivos la investigación histórica regional vinculándose con la Sociedad Nuevoleonesa de Historia, Geografía y Estadística (SNHGE), creada en 1942; el desarrollo de índices, la publicación de un boletín histórico bibliográfico y la organización de un seminario de investigaciones históricas. La facultad impartió cursos de historia, de investigaciones históricas y de la utilización de las fuentes.

“La labor desarrollada por la Universidad de Nuevo León, en lo que respecta a la difusión histórica —expone Israel Cavazos en 1952—, es verdaderamente encomiable. Sus anuales cursos de verano constituyen una elevada demostración de interés por estos estudios; no se escatima esfuerzo alguno porque los estudiosos de Monterrey tengan ocasión de escuchar

la palabra autorizada de nuestros más destacados valores nacionales en esta materia”.

Por su parte, el Centro de Estudios Humanísticos (CEH) emprendió trabajos de investigación histórica, principalmente a través de la labor desarrollada por Cavazos Garza, con un interés muy definido hacia la etapa colonial.

En su amplia labor elaboró escritos que resultan imprescindibles en la historiografía nuevoleonesa: las entradas y fundaciones realizadas por Alberto del Canto (1577), Luis de Carvajal y de la Cueva (1581) y Diego de Montemayor (1596), las características de los pobladores del Nuevo Reino de León, la vida y actividades de mineros, soldados, ganaderos y pastores durante la Colonia, la labor de las misiones franciscanas, las biografías de gobernantes y personajes distinguidos, las monografías de villas y poblaciones desde sus orígenes coloniales.

También dio a conocer fuentes, archivos, guías para facilitar al investigador su labor de enriquecer sus análisis a partir de las fuentes documentales de los repositorios existentes en la ciudad de Monterrey y los municipios del estado.

Estos trabajos se publicaron de manera ininterrumpida por 22 años en el órgano del centro, el *Anuario Humanitas* que apareció en 1960, junto con los trabajos de relevantes investigadores invitados de universidades e instituciones académicas nacionales e internacionales.

En él publicaron reconocidos historiadores como Luis González y González, Daniel Cosío Villegas, Ernesto de la Torre Villar, Antonio Pompa y Pompa y locales con una sólida obra como Tomás Mendirichaga y Cueva, Isidro Vizcaya Canales, Eugenio del Hoyo y José P. Saldaña.

El anuario es desde entonces y hasta hoy, que ha publicado más de 30 volúmenes, un repositorio de trabajos y referencias documentales sobre historia inapreciable promovido por la Universidad.

Además, la máxima casa de estudios se valió de sus distintos órganos editoriales para difundir trabajos de investigación histórica, algunos eruditos, otros generales con pretensiones de divulgación. Por ejemplo, en *Universidad* el arquitecto Joaquín A. Mora presentó en 1950 sus “Investigaciones históricas sobre el Monterrey antiguo”; en *Armas y Letras*, boletín del Departamento de Acción Social, Armando Arteaga Santoyo publicó en 1945 la importante “Bibliografía

del Padre Mier”; en *Inter Folia*, Cavazos Garza publicó numerosas biografías y en el periódico auspiciado por el Patronato Universitario *Vida Universitaria*, se publicaron a partir de 1951 numerosos artículos históricos.

Pasaron entre cinco y diez años para que, en el seno de la Universidad, la historia local diera a luz sus mejores obras. Esta corriente estuvo fundada, como se ha mencionado, en la obra de Israel Cavazos. Entre otras publicó *Nuevo León en la Independencia* (1953), *Historia de Nuevo León por el capitán Alonso de León, Juan Bautista Chapa y Fernando Sánchez de Zamora* (1961), *Cedulario autobiográfico de pobladores y conquistadores de Nuevo León* (1964), *Catálogo y síntesis de los protocolos del Archivo Municipal de Monterrey, 1700-1725* (1973).

Muchos otros serán los historiadores que produjeron sus investigaciones ligados a los organismos de la Universidad. Por citar alguno, Víctor Niemeyer publicó su obra fundamental *El general Bernardo Reyes* (1966).

En ese sentido la historia logró una perspectiva mejor ceñida a las realidades regionales y empezó a fincar una más sólida tradición historiográfica marcando nuevos rumbos en la investigación histórica, llenando los huecos por donde había hecho agua el conocimiento en amplias áreas.

BAJO LA LUPA DEL MATERIALISMO HISTÓRICO

Una nueva etapa inició en la Universidad en los años setenta en el contexto del auge, persistencia y profundidad que la investigación regional asumió en México como fruto de las instituciones académicas.

En 1973 la Facultad de Filosofía y Letras estableció la licenciatura en historia y, en 1978, la maestría en historia con especialización en problemas fronterizos que, finalmente, no pudo concluirse, como respuesta a la necesidad de contar con un centro de formación de historiadores en términos académicos con la doble expectativa de dedicarse a la investigación y a la docencia.

El Colegio de Historia planteó la imposibilidad de seguir estudiando la historia regional a partir de las obras escritas y la necesidad de acudir a las fuentes primarias para producir nuevos conocimientos recurriendo a diversas corrientes de interpretación. La tendencia fue privilegiar la escuela económica, hasta entonces, escindida en la historiografía local, como fundamental para explicar el desarrollo social e histórico bajo la visión prevalente del marxismo,

particularmente, el materialismo histórico.

En ese sentido los intereses académicos giraron en torno a las imbricaciones de economía y política en los procesos sociohistóricos. Los maestros de la historia económica, encabezados por Mario Cerutti, tuvieron numerosos discípulos que dedicaron una buena parte de sus trabajos de investigación a estos temas. Las aportaciones fueron en el campo de la industrialización, la participación de la inversión extranjera y la actuación política del empresariado.

Surgieron importantes obras como *Burguesía y capitalismo en Monterrey, 1850-1910* (1988), *Economía de guerra y poder regional en el siglo XIX* (1983) y *Monterrey. Siete estudios contemporáneos* (1988).

De algún modo este marco de análisis privilegiaba a los grupos comerciales, industriales y financieros como motores del éxito económico de la ciudad y del estado, una tendencia que la historiografía local se había encargado de reforzar y ensalzar por años en beneficio de los intereses de un sector representativo de la llamada iniciativa privada.

No resultando completo el análisis desde esta óptica, se fomentó el estudio de la fuerza trabajadora con la sugerente hipótesis de ser factores esenciales de la expansión económica; de esta forma los obreros se incorporaron en la escena de la historiografía.

Gracias a estas líneas de trabajo el conocimiento histórico arrojó nuevas luces sobre aspectos poco conocidos de la industrialización y permitió cambiar visiones incompletas o erróneas del pasado.

A partir de los años noventa, con el derrumbe del Muro de Berlín, comenzó la discusión de nuevos enfoques, nuevas corrientes y nuevos temas; los estudios se enfocaron a un campo cada vez más amplio de la historia, cuestiones de historia política, cultural, religiosa y agraria se incorporaron al corpus de las investigaciones académicas de la facultad.

De esta manera han emergido trabajos desarrollados desde la teoría de género, particularmente enfocada al estudio de la cultura campesina y desde la hermenéutica, una transición del documento al análisis del discurso.

Sin embargo, es importante subrayar que los estudios históricos alcanzaron un desarrollo considerable en el aspecto temporal principalmente sobre el siglo XIX y principios del XX, en buena medida por el atractivo que ha resultado analizar un periodo donde se establecieron en buena medida las bases del estado,



"HA SIDO SIN DUDA, SI NO LA ÚNICA, SÍ LA GRAN MATRIZ DE DONDE HA SALIDO EL CONOCIMIENTO HISTÓRICO DE LA REGIÓN" (M.C. RAMÍREZ)

las transformaciones liberales y el orden económico imperante.

Otra de las contribuciones del Colegio de Historia fue la nueva interpretación sobre el devenir de la ciudad y el estado desde lo regional, abarcando distintas etapas de la historia, asumiéndolo como parte de los procesos nacionales, continentales e incluso mundiales.

También han sido muy importantes las actividades de difusión y extensión desarrolladas por la facultad. El Colegio de Historia daría a conocer sus aportaciones exhibiendo trabajos de rigor académico y amplio soporte documental en los foros de intercambio y discusión como los encuentros nacionales de estudiantes de historia, el primero de ellos realizado en Monterrey en 1977, y en ediciones de libros y revistas especializadas.

Durante cinco años, a partir de 1986 la facultad editó y difundió *Siglo XIX. Revista de Historia*, de carácter semestral, buscando cotejar o comparar

fenómenos y procesos regionales en América Latina, e incluso Europa. En 1991 el nuevo proyecto *Siglo XIX. Cuaderno de Historia*, de manera conjunta con el Instituto de Investigaciones José María Luis Mora, fue la prolongación a escala nacional del anterior. Además, publicó trabajos históricos en la serie editorial Cuadernos de Historia y Cuadernos del unicornio.

En esa misma vertiente se realizaron actividades académicas que aumentaron el grado de profesionalización de la historia como el Encuentro Historia Económica del norte de México en 1991, el Congreso Empresarios españoles en México, siglo XIX en 1992; a través del posgrado asistieron maestros reconocidos como Josefina Zoraida Vázquez y Lorenzo Meyer y en los cursos de historia realizados especialmente durante los veranos asistían los historiadores más destacados del país.

Con verdadera constancia, el Colegio de Historia ha formando historiadores que se cuentan por cientos, cuyas contribuciones se encuentran en la amplia

variedad de labores que van desde la enseñanza de la historia en los distintos niveles escolares hasta la organización y administración de archivos, museos y espacios culturales.

Estas generaciones de investigadores regionales jóvenes que brotaron durante las últimas décadas de la Universidad han dado nacimiento a organizaciones como la Asociación de Historiadores Profesionales del Noreste de México (ADHINOR), en 1984; Sociólogos, Antropólogos e Historiadores de las Provincias de Oriente (SAHPO) y la Asociación de Historia Económica del Norte de México, en febrero de 1992.

En la misma década de los setenta surgió a partir de 1975 la Dirección General de Investigaciones Humanísticas dirigida por Raúl Rangel Frías, que abrió un Centro de Estudios Históricos colocado, a partir de mayo de ese año, en las manos de Israel Cavazos Garza.

Bajo su patrocinio se publicó a partir de 1977 la revista de historia *Actas: serie documentos* que tuvo como director y redactor al mismo Cavazos Garza. De manera simultánea apareció el segundo de sus formatos subtítulo *Índices, fuentes, notas de historia, letras y artes*.

Estas publicaciones tuvieron varias épocas, la primera y única dentro del Centro de Estudios Históricos, corresponde al trimestre de julio-septiembre de 1977 a abril-junio de 1981.

Su importancia radica en los documentos poco accesibles dados a conocer en sus páginas, por ejemplo, la relación de personas nombradas por Luis de Carvajal y de la Cueva para llevar al descubrimiento y población del Nuevo Reino de León (número 1), el informe sobre el Nuevo Reino de León de Félix María Calleja (número 3), la correspondencia entre Santiago Vidaurri y Juan Álvarez durante la revolución de Ayutla (números 5, 6 y 8), informes de gobernadores coloniales como Pedro de Barrio Junco y Espirella y Antonio Cordero.

Además, en esa época la Universidad siguió publicando libros, obras como *Fray Servando, biografía, discursos, cartas* (1977), fue uno de los más significativos.

LA IDENTIDAD REGIONAL COMO PREMISA

La labor histórica fue reorganizada a partir de 1980 al desaparecer la Dirección General de Investigaciones Humanísticas, el Centro de Estudios Históricos y publicaciones como el *Anuario Humanitas* y la revista *Actas*.

Se reorientó y concentró en torno a la Capilla Alfonsina con la llegada e inauguración, en noviembre de 1980, del acervo de Alfonso Reyes y el traslado al mismo espacio de la Biblioteca Universitaria Alfonso Reyes, con importantes repositorios para la historiografía local, regional y nacional como los volúmenes de la antigua Biblioteca Pública, los fondos privados Valverde Téllez, Díaz Ramírez, Abelardo Leal, Ricardo Covarrubias y Salvador Toscano, además del Fondo Nuevo León que concentra la producción bibliográfica del estado en sus diversos aspectos. La Capilla fungió como editora y promotora de los estudios históricos, así creó la serie editorial Archivos y documentos históricos regionales, a través de los trabajos de Israel Cavazos, Gerardo de León y Celso Garza Guajardo.

Obras importantes fueron las de Genaro Salinas Quiroga *Historia de la cultura nuevoleonense* (1981) y de Cavazos Garza el *Diccionario biográfico de Nuevo León* (1984). Apareció bajo la responsabilidad de la Capilla Alfonsina la segunda y más breve época de la revista *Actas*, de enero a septiembre de 1982.

El detonador de los estudios históricos en los años ochenta y noventa, con base en los acervos documentales de la Capilla Alfonsina fue el Centro de Información de Historia Regional (CIHR-UANL), surgido en diciembre de 1980, con elementos dedicados profesionalmente a la investigación del pasado de la región. Sus primeras publicaciones fueron *El ojo de agua de Sabinas Hidalgo* (1981) de Garza Guajardo y *José María Paras, criador, padre y valetudinario* (1982) de Luis Sierra Nava-Lasa.

Desarrolló otras series editoriales como la Biblioteca de Nuevo León, Folletos de Historia del Noreste, Los comanches, Nuestros pueblos, El Terruño y Testimonios de fundaciones de municipios de Nuevo León; además emprendió la publicación de *Bitácora*, boletín sobre las actividades del CIHR, en diciembre de 1987. Hasta enero de 1993 se publicaron 16 números donde quedaron asentadas, de manera básica, la investigación realizada en la Universidad y, en particular, en el CIHR. En mayo de 1997 inició una segunda época y desde 2004 se edita el boletín bimestral *Haciendo brecha*.

Desde el centro de la historia se abordó una amplia variedad de temas que, más que reflejar cierta falta de orden, ha sido reflejo de su vitalidad. Entre sus investigaciones destacó sin duda el trabajo *En busca de Catarino Garza 1859-1895* (1989).

Estos materiales han servido de referencia para debates, confrontar ideas, emprender nuevas investigaciones, nutrir congresos y seminarios donde se propuso seguir el criterio de temas.

Con fundamento en el rescate que la UANL realizaba del caso antiguo de la Hacienda San Pedro, en Zuazua, Nuevo León, organizó en octubre de 1986, el Primer Seminario de Historia de las Haciendas del Noreste; en abril de 1990 “Puente Solidaridad. Una puerta al siglo XXI”, en Colombia, Nuevo León; en 1983 el Seminario sobre bibliografía Histórico Regional, además de congresos sobre el corrido. Estos eventos dieron como resultado una fecunda reflexión y una valiosa cantidad de ponencias, algunas de ellas publicadas.

A su labor añadió el trabajo de campo como la localización de petroglifos, restos de haciendas, revaloración de personajes de la cultura popular y de historia oral como resultado de una fuerte preocupación por la divulgación de la historia regional. Promovió el nombramiento de cronistas en los municipios y en sus instalaciones, se instaló el Colegio Estatal de Cronistas en 1987 y se efectuó el XX Congreso Nacional de Cronistas de Ciudades Mexicanas en 1997.

No obstante sus carencias en métodos y sistemas de trabajo, uno de los atributos del cronista, en muchos de los casos, y en gran medida razón de su impulso desde la institución, era el profundo y directo conocimiento de la realidad de su región.

La producción editada por el centro incluyó obras que iban desde la gran región de la frontera hasta el espacio propio de la microhistoria a través de libros, folletos que han encontrado amplia receptibilidad y difusión en los municipios, escuelas y público en general con el propósito, decía su director, de contribuir al “fortalecimiento de la identidad y afianzamiento de los valores culturales e históricos”.

Tampoco puede dejar de mencionarse a otras dependencias como la Facultad de Derecho, la Facultad de Economía con su colección Evolución de la Civilización contemporánea; la Preparatoria No. 3, la Preparatoria No. 7 con sus Cuadernos de cultura y el STUANL con sus Cuadernos de Educación Sindical.

Para consolidar el quehacer histórico desde otros objetivos y alcances, la Universidad reactivó el Centro de Estudios Humanísticos con Israel Cavazos al frente una vez más de la sección de Historia, que emprendió

de nuevo la publicación del *Anuario Humanitas* en 1997.

Bajo el auspicio de la Secretaría de Extensión y Cultura, a través de la creación de la Dirección de Publicaciones, se editan en la colección Nuestra Historia obras como una versión corregida y aumentada del *Diccionario biográfico de Nuevo León* (1996), *Escritores de Nuevo León. Diccionario biográfico* (1996), ambas de Israel Cavazos, *Monterrey 400. Estudios históricos y sociales* (1998), *Fábricas pioneras de la industria en Nuevo León* (1998) de Javier Rojas, además de amplias monografías sobre los municipios de San Nicolás (1997), Santa Catarina (1999) y Monterrey (2002). Además se publicó una tercera época de la revista de historia *Actas*, de junio de 2002 a diciembre de 2003 buscando estimular los estudios del pasado a nivel regional —Coahuila, Tamaulipas, San Luis Potosí, Zacatecas y sur de Texas.

De esta manera el legado de la función sustantiva de la promoción y divulgación histórica, tanto en formación como en investigación, descansa actualmente en espacios consolidados a través de años de trabajo como la Facultad de Filosofía y Letras, la Dirección de Publicaciones, el Centro de Estudios Humanísticos, el Centro de Información de Historia Regional y la Capilla Alfonsina que organiza valiosas exposiciones bibliográficas.

Para Manuel Ceballos Ramírez la UANL ha sido baluarte de los nuevos temas y enfoques de los estudios históricos y de la necesaria renovación del oficio. “Ha sido sin duda —escribe— si no la única, sí la gran matriz de donde ha salido el conocimiento histórico de la región” 🌸

Bibliografía

- Cavazos Garza, Israel. “Nuevo León: la historia y sus instrumentos”, en *Historia Mexicana*, v.1:3 (enero-marzo 1952).
- Cavazos Garza, Israel (1970). “Fichas para una biblio-hemerografía histórica de Nuevo León, 1960-1969”, en *Humanitas* No. 11.
- Ceballos Ramírez, Manuel. *Historiografía nuevoleonesa*, AGENL. Serie Orgullosamente bárbaros, No. 7 (septiembre 1995).
- Hoyo Cabrera, Eugenio del (1979). *Historiografía mexicana*. Monterrey, Nuevo León: UANL.
- Hoyo Cabrera, Eugenio del (1986). *Mil textos sobre la historia de la frontera norte*. México: Comité Mexicano de Ciencias Históricas.
- Morado Macías, César. “La historia escrita en Nuevo León”, en *Vida Universitaria*, No. 14 (31 de agosto de 1997).
- Piñera Ramírez, David (1990). *Historiografía de la frontera norte de México. Balance y metas de investigación*. Universidad Autónoma de Baja California-UANL.